

Camila

Nolram



Capítulo 1

Camila

Acostada sobre la camilla y envuelta en algunas sabanas de algodón, con sus brazos siendo punzados con tubos de plástico y otro que le daba aire desde un tanque. El hospital siempre fue frío e insípido como una sopa desabrida, incluso un niño podría aburrirse de imaginar en algo así, las paredes blancas estaban ocupadas de tanto en tanto por algún dibujo propio antes de que los tirase cuando se aburría de ellos. Camila estaba como todos los días, ese dolor en el brazo izquierdo no parecía querer irse.

Debajo de la bata lleva solo su ropa interior, las barandas de la camillas le impiden caerse cuando se mareaba y eso también era malo. No le dejaban caer, nunca nadie le permitió conocer el dolor del piso al caer, parte de la vida es eso también, chocar en una caída también es parte de sentirse viva. Así lo procesaba ella cuando a veces se tiraba al piso para sentir el confort del dolor propio, notar que todavía sentía como los demás. Era común afeitarse periódicamente para no dormir entre pelos cada día, ni ver en el espejo la caída progresiva del cabello, no recuerda la última vez que tocó su cabeza y sintió un cosquilleo típico del pelo desaliñado al recién levantarse.

Su rostro aporcelanado y rasgos finos le daban un aspecto angelical, un ángel sin pelo, cierta belleza se le encuentra cuando la luz forma un halo sobre la piel pálida de su cabeza. En el salón de tercer año pensaban que no tenía pelo simplemente porque no fue bendecida con él, una pañoleta todo lo disimula hasta que un ángulo de visión con la luz adecuada develaba su ausencia total de cuero cabelludo, "como un gato pelado" le decían a veces.

Su madre le tomaba la mano cada vez con más fuerza como si la aferrase a esta tierra de medios vivos, la mujer tiene esa capacidad para que sus lágrimas viajen a través de su cuerpo sintiéndose a través del tacto sus sentimientos. Nota a través de una de las ventanas del hospital el paso de unos gorriones que volando grácilmente se posaban contra la reja. Algunas hojas se atoraron en ella. Papá también estaba allí pero este no tiene esa habilidad de mamá, él simplemente lloraba, le otorgaba sensibilidad e incluso sinceridad cosa la cual su madre muchas veces no tenía, sobre todo al decirle que todo saldría bien.

El señor doctor entraba a la sala a dar detalles del tratamiento y como este fue progresando a los dos adultos responsables, para ella él era un héroe que todo lo sabía. El reloj daba las tres en punto de la tarde. Camila no entendía nada, solo sentía miedo de sus padres que parecían cada vez

más callados, ese día se quedaron hasta la noche.

Un gran sueño caminaba por los pasillos de su cabeza, una sombra que le daba ganas de dormir se le apareció frente a sus ojos y sentía como le tiraba hacia dentro de sí, ya conocía esa sensación tan particular. Poco a poco empezó cerrar los ojos, la máquina de los pitidos se hacía cada vez más lenta, una señorita en bata y barbijo se dio cuenta cuando entró y llamó al señor doctor. Algunos señores le movieron de ahí a otra sala, una de cuidados intensivos, de ahí no recordó nada más hasta el día siguiente.

Estaba en otro cuarto, al lado del niño de los ojos que daban miedo. Este le miraba como un gato a un ratón, ojos abiertos como faros y que iluminaban la sala entera con sus pupilas, le preguntó que pasaba. Se llevaban bien, hablaban bastante cuando tenían un recreo en el patio del hospital y a veces se visitaban para jugar, Martín se llamaba. El si tenía pelo, porque no tenía esa cosa que ella tenía sino otra desdicha muy parecida, nadie que esté en un hospital está por gusto. Todos deben tener lo mismo que ella, si no ¿Para qué estaban ahí?

Es verdad que ellos no eran siempre los únicos niños, de vez en cuando entraban y salían niños como también otros que se quedaban todo el tiempo como ellos, Martín estaba desde antes de ella. Mientras que ella solo estaba por cosa de vez en cuando, cuando se ponía malita simplemente estaba ahí lo que debía quedarse. Martín siempre se la pasaba por ahí y con orgullo vociferaba no extrañarle aunque las enfermeras adjudicasen muchos poemas cantados en nombre de una tal 'Camilita'.

Pero esa mirada con la que le estaba viendo no era amigable y siempre feliz como era normal en aquel infante, daba mucho miedo cuando se ponía a hacer eso y llegó a verlo hacer con otras personas. Martín no respondió a la pregunta, solo se dio la media vuelta e hizo como que dormía, pero era bastante obvio que solo aparentaba. El duerme en silencio, ella no sabía bien y cuando actúa de dormido hace ronquidos fuertes y sonoros como el megáfono de un camión viejo.

Ella insistió, aún sintiéndose débil logró tirar un poco de su sábana. El respondió ingenuamente que no estaba despierto como un truco para dar a entender que estaba dormido. Pero no paró hasta que Martín se dio la vuelta y le dio un pequeño beso en la mejilla, la luz del fondo del pasillo no aparecía por ningún lado. Solo la luz astral que estaba encima de ellos daba iluminación para ese momento.

Los dos estaban rojos como dos cerezas de estación y se taparon la cara con sus sábanas para realizar la gran obra de los dormidos que responden a viva voz que están durmiendo. Ese mismo juego mutuo que habrán repetido en muchas otras veces también venía acompañado de tocar el

timbre de la carpa hecha con la manta del otro hasta que alguno se 'aburría de tanto esperar', salía de su carpa y se iba a la del otro a abrirla por la fuerza, luego, el que abrió la puerta debía presentarse como un vecino pidiendo azúcar, a lo cual obviamente el otro le tendía una invisible taza convenientemente repleta de azúcar.

- ¿Por qué hiciste eso? Me estabas mirando muy feo - Preguntó Camila-.

Martín se tomó algo de rato hablando sobre las hojas de los árboles, le daba algo de vergüenza haberse atrevido al fin a besarle. Ese tema aburría a Camila, así que él insistió con los juguetes que había en la escuela de la niña, ella insistía en que le responda.

Sonrojado mojó con algunas lágrimas amargas su sábana, apretándola con firmeza y respirando entrecortado, pero para que ella no le viese giró la cabeza ocultándola de ella y mirando la oscura madrugada para aliviar su pesar.

-No quiero tener razón -Basta de tener razón! -Dijo Martín-.

-Pero razón de qué, si sabes bien que yo tengo razón siempre- Camila, con fanfarria y grandilocuencia-.

Martín solo hizo silencio. Ella comprendió a que se refería Martín, a esa única cosa en la que nunca se equivocaba.

-Tartamudeante pudo terminar la frase- ¿Voy a morir?

El niño movió la cabeza afirmativamente.

Unos pobres infantes lloraron y los ecos de las paredes fehacientemente vibraban en melancolía cual si ellas estuviesen sollozando en compañía de los niños, se abrazaron un poco como si fuese ocurrir hoy, mañana, pasado. Mientras gotas se secaban en el hombro de Camila, decidió de una vez armarse de valor y quitarse la pañoleta negra de la cabeza dejando ver su ausente cabellera frente a su amigo tal vez de toda la vida. Desde las hojas verdosas señales de la primavera y cánticos melódicos de todo tipo por aves en cortejo, tanto como los colores ambivalentes entre lo austero y lo voluminoso de la profunda y negra bóveda celeste tenían presencia usual frente a los sentires de dos pequeñas personitas abrazadas en una misma camilla, por primera y última vez.

Incluso con la poca luz que les llegaba pudieron ver cristales en los ojos del otro. Cristales quebrados forzados a armarse un poquito más cada día para luego volverse astillas de nuevo. Se armaron de gran valentía y tratando de emular a aquella película que vieron la otra vez en la recepción del hospital pusieron sus labios en trompa y cerraron los ojos, un leve choque daba el visto bueno. Camila no se quedó con eso, le

agarró fuertemente y le dio un beso chocando violentamente con Martín pero luego hubo calma, él le tocó la cara un poco.

Les entró la vergüenza rápido y se dieron la vuelta, Camila se paró y volvió a su camilla otra vez. Un medidor diría 700nm, otros dirían las plumas de un cardenal o el fulgor de una llama viva, pero todo resume en que ambos estaban rojos de la vergüenza, pero en este caso es una vergüenza buena.

Martín nunca había tenido a una niña tan cerca de él y le daría vergüenza mirarle a la cara otra vez a su mamá, ella podría enojarse mucho con él si lo decía o al menos así funciona en su cabeza pero a nadie engaña ya que era secreto a voces que esa chica daba vueltas en su cabeza como un carrusel sentimental del cual no se quería bajar. Cuando notó que Camila volvió a dormirse, empezó a llorar otra vez.

- ¿Cómo le fue, padre? - Preguntó el padre de Camila, sosteniendo las manos de su mujer con trémulo pulso-.

-Recogiendo su sotana del piso recién mojado dio cortos pasos para llegar al centro de la multitud- Ya le he explicado a Camila lo que le pasará, que ella volverá con Dios al más allá y volará alto dándole mi bendición de que estará salvada en el cielo. Ella es una muy buena niña, tengan por seguro que le irá bien.

Nadie quiso entrar junto con el padre, era una situación que le envolvía únicamente a Camila, era el sello en el tiquete para que tomase ese último tren a casa con tranquilidad. Todos se persignaron, aunque entre ellos uno lo hizo al revés. Entraron en fila y se acomodaron como el corazón les dijo.

Las manecillas de los relojes siempre dan la hora exacta, varias veces hemos pasado por la fecha y hora cuando moriremos sin saberlo e incluso con cierta expectativa, todos estaban a la espera de algo que no querían que pasase.

Su madre le tomaba una mano y su padre la otra, ella le sujetaba temblorosamente a esta tierra con gran desespero, y él con el agua bajando por sus ojos hasta tocar su muñeca, mezclándose con la piel de su pequeña niña.

El señor doctor estuvo ahí para despedir a su pacientita especial, le había agarrado cariño luego tantos años atendiéndole llegado al punto de llegar y que al fin ella dejase esa camilla para alguien más, siempre le llevaba algún dulce o pequeño regalo. Ahora quedará esa camilla libre, se la dejará a alguien más a costa de sí, le tocaba verle morir con la impotencia de haberlo hecho mejor, si un tratamiento diferente pudiese haber hecho el milagro de devolverle algo de pertenencia en esta vida era algo a lo que

no podría responder nunca, irremediablemente sin respuesta pero mantenía su semblante de profesional, incluso en esas circunstancias.

Todos los presentes en esa sala perdían a un hijo en menor o mayor medida, a excepción de Martín que estaba de invitado especial ante tal lúgubre evento, ella quería verle por última vez y que le compartiese algo de su felicidad. El silencio reinante lo cortó sorpresivamente la misma Camila.

- ¿Por qué lloran todos?

La sorpresa general fue grande, sería una pregunta retórica tal vez, era más que obvio el porque de la tristeza general en aquel pequeño cuarto donde el aire se volvía denso entre aquella pequeña multitud. Fue la madre la cual respondió a esa pregunta.

-Porque, pues- Tragó un poco de saliva, pero un nudo en su garganta le impidió- No te tendremos más aquí-.

El silencio podría volver a reinar, pero Camila ya tenía su respuesta pensada. En este juego ella tenía la ventaja.

-Eso es una mentira grande como una casa, con sus puertas y ventanas. El señor padre con el traje negro me contó algo antes. Que nosotros los niños llegamos al cielo con alitas.

Nadie dijo nada, esperaron a que ella se recompusiese.

-Debemos ser tan pequeñitos que nuestras alas volarán muy rápido. Si, así debe ser. Entonces no lloren, porque me verán volar con ellas desde muuuy alto, y yo también los voy a ver.

-Si hija, vas a volar muy alto. Con alas blancas como los angelitos- Dijo su padre-.

Camila trataba de subir la voz, pero su débil cuerpo ya no soportaba tonos tan altos. Pero hizo el esfuerzo.

- ¡Así es! Me verán volar. Ya no más agujas en los brazos ni tubitos por todos lados. Tendré el pelo largo y largo, por eso tengo esto aquí.

Apuntó a la almohada, su madre sacó de debajo de ella una colita para el pelo.

-Quiero tenerla entre mis manos, así no se me descontrolará cuando empiece a volar.

Martín se paró llorando, y audazmente le tendió su pañoleta, la que había dejado la otra vez.

-Te voy a extrañar, Camila. Yo... te quiero mucho, espero me escuches desde allá arriba cuando te hable.

-Si, claro que sí. Y espero nos veamos pronto, no me gustaría verte más alto que yo.

Martín volvió a su asiento, secándose las lágrimas con su ambo.

-Mamá, papá.

Camila también empezó a llorar, mientras sujetaba con la fuerza que les quedaba a ambos.

-Muchas gracias, los quiero mucho muchísimo- Ella los vio llorar, así que quiso calmarles- Pero no lloren, porque yo les estaré viendo y les estaré cuidando, espero ustedes también puedan verme feliz, con mi pelo largo y alas blancas.

Mientras abrazaba a sus padres con gran fuerza que fue disminuyendo, una fuerza misteriosa que salió de quien sabe donde de dentro de su frágil cuerpo. Poco a poco se fue apagando, junto con la máquina de los pitidos que también iba cesando.

Cuando tocó la camilla con su espalda, sus ojos celestes aún abiertos no reflejaron nada. Como mirando a algo más grande que ella se quedaron, fue su madre la que los cerró. Los ojos de Martín retomaron el enfoque de la anterior vez mientras seguía sollozando.

A las 6:38 AM, un pequeño ángel se despediría de este mundo, retomando vuelo a donde suponía pertenecer. Ante los ojos de un niño apareció en el firmamento nocturno una nueva estrella, le llamó igual a ella. Camila, había fallecido.